conciencia de la depresión que sobre ella ejercía el brutal egoísmo del pseudo-*yanki*, me desquité á mi gusto ofreciendo á los chiquillos, allí en las propias mesas de *Florian*, un hartazgo de dulces de que aún guardarán memoria.

Mario, ofendido por la lección, saludó cortésmente, y disfrazando su despecho de corrección exquisita, nos presentó su tarjeta acompañada de los más rendidos ofrecimientos.

Mientras se alejaba, traspirando de todo su sér ese aura de soberano orgullo que delata á los advenedizos de la fortuna, el alegre coro de los chiquillos palmoteaba y chillaba, ébrio, loco de alegría. Atraída por sus gritos, acudió la madre de tres de ellos, que transfigurada de gozo al verlos felices por una hora siquiera, me besó la mano llorando y exclamó con expresión que no olvidaré nunca:—*¡Ah poverini miei! ¡Gli avete fatto goddere il paradiso, che la Madonna vi benedica!*

Yo gusté entonces con el paladar del alma una delicia que nunca gustaría el opulento *dilettante*, y lloré compadeciendo de todo corazón á aquel rico tan pobre, á aquel feliz tan desdichado, á aquel gozador de oficio que se jacta de regalarse con el intenso sabor de la vida y no ha probado más que el de los deleites que hastían y degradan.

¡Pobres degenerados de la civilización esos para quienes la Historia ha retrocedido diez y nueve siglos, son verdaderos paganos y viven como si todavía no hubiera nacido Jesús!

EL TALON DE AQUILES

Aquella noche estábamos en familia en casa de Ruidalgo, en el delicioso gabinetito azul que parece reducción de la *Tribuna* florentina, tan lleno está de magistrales obras de arte.

Todo Madrid conoce el severo orden aristocrático y el acompasamiento casi litúrgico de las costumbres de los viejos Marqueses. Al sonar la primera campanada de las doce aparece Gastón, el antiguo *maitre* francés, con el servicio del té, que viene á ser el punto final y como la *queda* de aquellas apacibles veladas, las cuales siempre habían sido representación fidelísima del carácter pacífico, piadoso é inalterable de los dueños de la casa, singularmente de la Marquesa, que odiaba las *novedades* tanto como las discusiones y el ruido, y que tenía absolutamente prohibidas las presentaciones, para no exponerse á recibir gentes desconocidas y aplebeyadas.

Pero el amor apasionado del Marqués por las letras y el culto de admiración que tributaba

al ilustre Méndez-Alba, frecuentador asiduo de la casa, lograron que en ella fuese admitido nada menos que Gustavo Fonseca, el hombre del día, mozo, como todos sabemos, de obscuro origen, si de brillántísimo presente, escritor novelero que se jacta de hacer tabla rasa así de los *antiguos moldes* como de los escrúpulos morales, satírico audacísimo, desollador sangriento de toda buena fama, *causer* chispeante, rápido, agresivo por sistema, vanidosísimo y siempre *enterado* en política, en chismes, en anécdotas y en escándalos; sabedor, en fin, *de todas las cosas y de otras muchas más*, pero sin asomo de aquello que antaño se tenía por *buena crianza*, atención, respetos, delicadeza—formas sociales de la caridad,—personaje, en suma, que parecía hecho de encargo para tener en continua tortura los nervios de la pobre Marquesa.

Obstinábase Fonseca en forzar el aplauso por todos los medios propios de los artistas sin genio, de los espíritus estériles que, faltos de virtud para producir generosamente la pura flor de la belleza, arrójanse como Erostrato á pedir al escándalo la celebridad que no puede darles la gloria.

Mentira parecía que el Marqués, aquel caballero tan cabal, comedido y misericordioso, aguantase con paciencia el golpe de infamias que supuraba aquella boca. Pero Fonseca, más que presentado, había sido impuesto á Ruidalgo por Méndez-Alba, el grande y prestigioso poeta, y...—¡como de estas injusticias suele producir la pasión que ciega con venda maravillosa!—los desafueros y libertades que en otros labios

hubieran escandalizado al Marqués, en los de Fonseca parecíanle donaires, agudezas, flor de ingenio. Además... ¡era tan joven, brotaba con tantos bríos la floración de su rica fantasía! Más tarde, con los años, vendrían la reflexión, el aplomo. Y cuando la Marquesa, harta de torturar entre los dedos el pañuelo ó el abanico, protestaba con enojo de las enormidades del satírico, el Marqués se contentaba con mascullar entre risitas y cabeceos:—¡Cosas de Fonseca, mujer; si hay que matarle ó dejarle!

La noche de mi cuento—que no es cuento, sino historia, y reciente—estábamos, como dije, en familia en el gabinetito azul, y por más esfuerzos que hizo la Marquesa para encauzar la conversación por cauces más limpios que los de la maledicencia, Fonseca—ayudado inconscientemente por la pícara curiosidad de todos—logró hacerla derivar hacia ellos y allá rodaba alborotada y turbia arrastrando por el podrido légamo jirones de honra.

No estaba Méndez-Alba, y quiso la maldita casualidad que á uno de los presentes, á Conchita Santurce, ocurriérale advertir su falta, observando que estas ausencias del poeta iban menudeando, y eran tanto más de notar en contertulio tan puntual y asiduo, que le llamábamos, por su constancia, *el impertérrito*.

Y mientras los demás apoyaban la observación, Fonseca, con ese tono de impertinente pedantería que le es propio, preguntó ahuecando la voz:

—¿Recuerda usted, Conchita, la hermosa fábula de la invulnerabilidad de Aquiles?

—En francés la aprendí en el colegio; pero...

la verdad, estoy mal de mitología: si usted quisiera contarla...

Temeroso de que Gustavo accediese, previno el Marqués:

—Fonseca es sobrado discreto para intentar siquiera darnos semejante lección á estas alturas; pero en cambio va á ser tan amable que nos diga el por qué de su recuerdo gentílico y la relación de éste con las ausencias de Méndez-Alba, pues creo que de esto hablábamos cuando sobrevino Aquiles.

—No pensaba yo, querido Marqués, poner cátedra de mitología, y ha hecho usted bien en comprenderlo así—contestó incisivamente Fonseca;—en cuanto á la oportunidad de mi cita, ó sea la relación que existe entre Aquiles y Méndez-Alba, fácilmente se adivina; ante todo, ya se sabe que ambos son inmortales, porque un semidiós y un poeta vienen á ser hermanos ó por lo menos *primos*:—el escritor *snob* era enemigo jurado de los versos.—Además—prosiguió, —ya saben ustedes que el hijo de Peleo era invulnerable en toda su divina persona, menos en aquel pícaro talón por el cual la señora Tétis, su madre, teníale agarrado al zambullirle en las sagradas aguas de la Estigia, que hicieron impenetrable á la muerte todo el cuerpo del héroe de Troya... todo, menos aquel condenado calcaño por donde el tuno de Páris le atizó la flechita que dió al traste con la inmortalidad del *crestudo* Aquiles, que dijo Virgilio.

Entraña, pues, la bella fábula griega un negro y pofundo sentido pesimista, que traducido *al cristiano,* significa que por grande, impecable, glorioso é invencible que nos parezca

un hombre... tiene siempre ¡infaliblemente! un punto flaco y vulnerable que yo llamo *el talón de Aquiles...*

Miró el Marqués á Fonseca con mirada que hería y centelleaba, y díjole airadamente, como azotándole al hablar el rostro verdoso consumido por la envidia:

—¿Es decir que también Méndez-Alba, nuestro querido amigo, el glorioso poeta, su noble protector de usted, tiene su punto vulnerable?—Y agregó duramente: Pues mire usted, Sr. Fonseca, no queremos conocerlo.

La Marquesa, radiante de júbilo, besó con los ojos á su marido.

Y Fonseca, trémulo de cólera y despecho, dijo simulando la mayor tranquilidad y frescura:

—¡Por Dios, Marqués, no es para tanto la cosa! Lo que yo pensaba decir es lo que á estas horas dice todo Madrid, que también nuestro gran poeta tiene su *talón de Aquiles*, y en plata ó en billetes, como ustedes quieran, que Méndez-Alba ha prestado dinero á su amigote Villares, que la mujer de Villares es de perlas y que...

—¡Basta, Sr. Fonseca!...—pronunciaba el Marqués cuando la puerta del gabinete se abrió, alzóse el cortinón blasonado y apareció tras él Méndez-Alba en persona, cuya presencia asustó á la Marquesa, alarmó al Marqués, desconcertó al imperturbable Fonseca y nos dejó á todos mudos y anhelantes de zozobra.

La noble y arrogante figura del poeta era de aquellas que se imponen por derecho de grandeza innata, y podía decirse de él que tenía la

presencia elocuente, la mirada insostenible y avasalladora la palabra.

Su llegada á aquellas horas no era insólita: á veces, desertando de teatros ó veladas literarias, solía entrar á punto de tomar el té con nosotros. Pero bastaba verle para leer en toda su persona que había escuchado las últimas palabras de su protegido. Con sólo mirarle lo comprendió Fonseca y perdió instantáneamente el color de los labios, único reflejo de vida en aquella cabeza de muerto.

Pero el poeta no venía de guerra, al contrario, sereno, muy sereno, sólo que su calma imponía. Un poco pálido estaba, pero tranquilo y hasta sonriente saludó á todos, tomó la taza de té que Gastón le sirvió como de costumbre, y revolviendo con la cucharilla de oro el aromático líquido, pronunció lentamente:

—A tiempo de entrar he oído que el amigo Fonseca hablaba del *talón de Aquiles*, su tema favorito, y como la tesis puede ser fecunda en asuntos, voy á ofrecerle uno interesantísimo, sangriento... moralmente—¡no se asusten ustedes, señoras!—y tan de actualidad que está fresco, sangra todavía.

—Amigo mío — intervino la Marquesa casi suplicante,— tome usted su té con sosiego, y otro día...

—Querida Marquesa, por una vez en la vida permítame usted que no la obedezca incondicionalmente. Pero usted se alegrará de mi desobediencia cuando conozca la historia prometida.

Fonseca se agitó cual si fuera á levantarse súbitamente, abrió la boca como para hablar; pero desconcertado bajo las miradas del poeta, que no las apartaba de él, y pensando que sólo la audacia podía salvarle, se retorció nerviosamente el bigote, sonrió con forzada mueca y se preparó á recibir en plena faz el rayo que le amenazaba.

Y Méndez-Alba, sin apartar de Fonseca los ojos, empezó:

—Hace algunos años vino á Madrid desde una provincia levantina un mozo desvalido, á quien sus padres, prestamistas de baja estofa y de peores artes, dejaron por solo patrimonio la ignorancia, la miseria y, lo que es peor, la deshonra, porque el padre acababa de morir en presidio y la madre vivía de modo que más le hubiera valido morirse.

Los ojos de Fonseca echaron lumbres, su cuerpo se irguió como para levantarse, pero acabó por quedarse quieto y como clavado en la silla.

—Venía el muchacho tan roto y astroso que las carnes se le parecían por entre los jirones de las ropas, y no menos desnudo que el cuerpo traía el espíritu de toda educación y enseñanza. Pero era listo ¡eso sí! mostraba vivas ansia de saber, de progresar y hacerse hombre. Cualidades que cayeron en gracia á cierto amigo mío, escritor conocido, á quien llamaremos convencionalmente — porque vive y tiene nombre notorio—López-Blanco, el cual, mediante ciertas recomendaciones que el rapaz le traía de su provincia, recibióle en calidad de criado-estudiante, de esos que cobran por salario el tiempo y la libertad que para sus estudios necesitan.

Mi amigo López-Blanco podrá carecer de genio poético, pero tiene un corazón todo misericordia, á prueba de ingratitudes, y no sólo recibió al despierto mozuelo, sino que, dolido de su suerte y del doble estigma de infamia que pesaba sobre él, pensó realizar una piadosa obra, apoyando al miserable para que con los bríos de su inteligencia se alzase de su nada y se redimiera de su heredada vergüenza.

Daba el mozo, desde luego, singulares muestras de arriscamiento y despejo y prometía de sí grandes cosas. Pero su mala educación y la perra levadura de su sangre, la herencia fisiológica, la ralea, dieron sus naturales frutos, y el hijo del presidiario y de la mala hembra, aficionado al vino, al juego, á todos los vicios, robó un día á su generoso amo tomando su nombre y aun su firma que maravillosamente contrahizo, para cobrar cierta importante suma con la cual, sin duda, pensaba fugarse, no sé si á Ultramar, con otros golfos de su laya.

Pero avínole mal, porque López-Blanco le cogió con el hurto en las manos y á punto estuvo de enviarle á presidio ó de aplastarle allí mismo el cráneo contra la pared, por villano y mal nacido, como se aplasta é un reptil venenoso.

Pasado el primer ímpetu y mientras el mocito, que era cobarde á fuer de traidor, se arrastraba á sus pies llorando acongojadamente y pidiéndole perdón de rodillas, mi noble amigo, que es piadoso con todo vencimiento y magnánimo hasta la insensatez, pensó que aún era tiempo de salvar á aquel desdichado excitando su enorme amor propio, despertando su

ambición y tratando de regenerarle por medio del trabajo y de la gloria.

Y—¡tonto é inocente de él! — abrióle los brazos, tratóle como á hijo culpable y perdonado. Estimuló su vanidad, fomentó sus aspiraciones, fustigó su ambición, le asoció á sus proyectos... le inició en los secretos de su divino arte... En suma, fue su maestro, su protector, ¡su padre!

Mas no salió el discípulo á su maestro, no sintió nunca la generosa poesía del bien y de la belleza. Como todos los menguados y envidiosos, se inspiró siempre en la sátira, no en la gran sátira justiciera de Juvenal, de Quevedo y de Tirso, sino en la sátira negativa, mordedora y ponzoñosa de las alusiones, de las personalidades, del libelo.

Y alcanzó éxitos, ganó dinero, popularidad... nombradía.

Y el pobre maestro que amaba en él su propia obra de regeneración, encariñado con el ingrato, estaba tan ciego que tomaba por agudeza el mal instinto, por desenfado la desvergüenza y por genio satírico la sañuda envidia espoleada por la feroz ambición.

Pero el áspid que el incauto había calentado en su seno acaba de levantar la repugnante cabeza y de morderle en medio del corazón.

Ya ven ustedes—acabó Méndez-Alba hundiendo el rayo de su mirada en los extraviados ojos de Fonseca—cómo también los satíricos y desolladores tienen su punto vulnerable, su *talón de Aquiles*, que diría nuestro amigo.

Y aquí los ojos del maestro fulminaron tal descarga de ira sobre Fonseca, que el misera-

ble se sintió herido, anonadado, perdido irremediablemente, porque su caída era mortal, eterna; y sin despedirse ni proferir disculpa, ni protesta, ni queja, vacilante y como empujado y barrido por la cólera del poeta, se lanzó á la puerta del gabinete y por ella salió para siempre del seno de toda sociedad honrada.

LA DOGARESA

IMPRESIÓN VENECIANA

I

Todas las mañanas, después del imprescindible paseo por las poéticas lagunas, cuando los ojos deslumbrados al vivo reverberar del sol en los trémulos espejos del agua y la imaginación sobreexcitada por el sugestivo influjo de aquella ciudad de ensueño, pedíanme reposo y tranquilas realidades, gustábame hacer estación en la *Piazza,* en la única de Venecia y, por su estilo y singular fisonomía, única también en el mundo.

Mi arribada á la plaza de San Marcos era preludio de una hora deliciosa que tras el prolongado balanceo de la góndola, tras la incesante ondulación de las aguas, donde refulgía chispeante el sol de Mayo; tras del continuo espectáculo de construcciones desaplomadas, de miembros arquitectónicos desarticulados, sillares desengarzados de los muros y marmóreas graderías desprendidas ó rotas en anchas hiendas, en cuyo fondo gargoteaba la laguna, pro-

porcionábame primero la tranquilizadora sensación de la tierra firme, de las líneas serenas, de los edificios en reposo, y después el deleitable espectáculo de Bazar oriental, de feria cosmopolita, de romería artística que ofrece la histórica plaza, con su rica decoración monumental, que tiene por fondo el bizantino joyel de San Marcos, con sus caladas arquerías, jaspes brilladores, mosáicos de oro y centelleantes ventanales; y el aéreo palacio de los Doges, que parece hecho para espejar su gentileza en el cristal azul de la laguna; y ciñendo los soportales, como lujoso cíngulo de pedrería, los cafés de muros de espejos y los escaparates deslumbrantes de joyas y gemas orientales, de fúlgidas lunas y multicolora cristalería veneciana, amontonada como fantásticas estalactitas en gruta prodigiosa; y bañándolo, abrillantándolo todo, la caliente luz de Italia; y por donde quiera flotando en inquietas manchas vivas, como animadas nubes, las palomas que fraternizan bulliciosamente con niños y muchachas.

II

Entre San Marcos y el Palacio Ducal, junto á la rica puerta gótico-renaciente *della Carta,* hay un rinconcito que parece hecho para nido de ensueños de poetas y pintores; corren por el bajo plinto de blanco mármol ceñido al muro gallardas quimeras y fantasías del Renacimiento, que alarga aquella rama florida de su estilo hasta tocar las piedras de la Basílica,

más arriba, engastado en jaspe de brillante tonalidad, luce marmóreo ornamento de arábiga tracería, y en la misma arista del ángulo, como partiendo jurisdicciones entre la Iglesia y el Palacio, levántanse cuatro adustos y misteriosos personajes de pórfido, dos extrañas parejas de guerreros abrazados, que con la mano libre oprimen enérgicamente el puño de la ancha espada, como si quisieran significar juntamente la guerra y la paz, ó la fuerza y el amor: supónelos la tradición traídos de Tolemaida en el siglo XIII, y con sus paños y actitudes hieráticas, y con los calientes tonos roji-sienosos del pórfido pulimentado, en cuyos resaltos brilla el sol en largos rieles, añaden al conjunto una deliciosa nota de color y de prestigio oriental. Aquel era mi rincón favorito en Venecia.

Más... ¿éralo por sí mismo, ó tal vez porque servía de fondo insustituible á un grupo sugestivo que atrajo todas mis simpatías?

Tan unidas están en mi recuerdo las figuras y el fondo de aquel inolvidable cuadro veneciano, que no acertaré á definir si el lugar embellecía á los personajes ó eran éstos los que infundían calor de alma á las venerandas piedras.

Sentadas en el marmóreo plinto hallaba yo todas las mañanas dos figuras femeninas, indescriptibles de puro delicadas, exquisitas y tiernamente interesantes.

Érase una jovencita gentil, aérea, romántica, ensoñadora como nos figuramos á Desdémona, cuya mansión legendaria se mira aún en las lagunas; tenía el cutis delicado y pálido como alabastro oriental; el sedoso cabello rubio con el rubio de sol vinculado en las venecianas; las

pupilas azules como el Adriático, y en torno á los ojos vago esplendor difuso como la niebla irisada que envuelve las remotas cumbres alpestres; vestía un traje rojo de tonos de brasa, que reverberaban en su palidez ebúrnea, y aunque por entonces mediaba Mayo, se envolvía en amplia esclavina roja forrada de blancos armiños. Creeríasela una gentil *Dogaresa* sentada á la puerta de su calado palacio. Era en toda su ideal persona tan ténue, tan incorpórea, que viéndola forzosamente se pensaba en una tierna azucena próxima á troncharse, en un aroma fuyente, en un alma pronta á tender el vuelo hacia lo infinito.

Ella misma debía sentir algo semejante, y aquella su presentida, inminente emancipación de la tierra, asociábala á seres tan leves y vagarosos como las palomas que parecen espíritus alados. Por eso diariamente iba á sentarse en aquel rincón predilecto, donde tenía cita con todas las palomas de San Marcos; por eso siempre se me aparecía su figura virginal rodeada de alas blancas, negras, plomizas, tornasoladas, que como nerviosos abanicos vivientes se plegaban y desplegaban en torno á su busto rafaelico, rozándola al pasar y envolviéndola en tumultuosos giros, revuelos y aleteos, que solían arrancarle súbitos gritos ó risas infantiles, que se rompían ó apagaban en su garganta con esfuerzo de asténico organismo.

La otra figura del grupo, así por el parecido que con la ideal *Dogaresa* tenía, como por el apasionado interés acariciador y temeroso con que la miraba, revelábase madre suya y era, más bien había sido en su plenitud, lo que hubiera llegado á ser su hija, á no herirla en capullo la muerte, una opulenta rubia hermana de las diosas del Ticiano. Siempre que la miraba acordábame del Partenón iluminado por el sol de Grecia, porque, en efecto, aquella mujer era la ruina de una helénica belleza, alumbrada por una llama abrasadora, el amor; amor de madre que alegraba y enjuvenecía con fulguraciones de aurora su vespertina hermosura; amor de madre tierno hasta las lágrimas en sus turbadas alegrías, generoso hasta la sonrisa en sus acallados sobresaltos.

¡Dios mío, qué cuadro, qué nuevo *triunfo de la muerte* brindaba á los pintores simbolistas aquel rincón histórico! La madre viendo avanzar hacia la rubia cabecita de la *Dogaresa* gentil el descarnado espectro invisible para la amenazada virgen, y enmascarando con heroicas sonrisas su terror apocalíptico; la hija viendo en las fugitivas palomas el símbolo del alma que va á levantar el vuelo, y sonriendo también á la madre, como si en aquel tumulto de alas no viese más que un alegre juego que la tornaba á sus niñeces... ¿Ocurría, en efecto, aquella muda tragedia? Yo de mí sé decir que la veía clara, distinta, obsesionante, y que poseída de ella, como si fuesen algo mío aquellas dos mujeres, en cuya intimidad se entrometía mi interés, ocasión hubo en que me adelanté hacia ellas, como si las conociese, resuelta á decirles... ¿qué?... Sin duda una inconveniencia; por eso siempre me reprimí á tiempo, y no llegué á cruzar con ellas, no ya el saludo, ni aun la mirada. Y era natural, no las conocía. Sin embargo, mi corazón estaba lleno de afecto por ellas,

las amaba con el amor efusivo con que amamos á los que padecen, á los que lloran, y más aún, á los que mueren callando.

III

Algunos meses después volví á Venecia. En la mañana del día siguiente á mi llegada un interés vivísimo, apasionado, llevóme á buscar en el rincón favorito el grupo de la *Dogaresa* y su madre; y acaso no miento si digo que aquel desinteresado interés fue la causa de mi vuelta á la ciudad de las lagunas.

Acudí al ángulo de San Marcos á la hora en que solía llegar la *Dogaresa* apoyada en el brazo de su madre, y... sin sorpresa alguna, como cosa fatalmente prevista, mas con dolor desconsolado, ví en el sitio de siempre á la madre sola, enlutada, cruelmente envejecida, envuelta en la misma nube de alas inquietas que envolvía diariamente á la gentil damita del traje rojo y de los blancos armiños. Había tal ternura inexpresable en aquella cita de la madre, ya desposeída de su hija, con las cariñosas palomas que parecían revolar en torno al recuerdo de la ideal ausente, que esta vez pudo más en mí la compasión que las conveniencias, y llevada de impulso irresistible, avancé hacia la madre. Cerca ya de ella me detuve; pero mi actitud y mi emoción fueron harto elocuentes para no ser comprendidas por aquella inconsolable: *¡Ah, lei la conosceva, lo so, lo so!*—gimió sordamente, y señalando á las palomas,

añadió con voz ahogada en dolor: *¡Oggi non siamo sole intorno al suo ricordo!*

Si cien veces vuelvo á Venecia, sé que otras tantas se me aparecerá en el ángulo de San Marcos la patética imágen de la rubia *Dogaresa,* que será siempre para mí alma romántica de aquellas piedras históricas.